



FACULTAD DE PSICOLOGÍA

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Taller de arte en Centro Comunitario "Esperanza Unida": necesidades, pedido, demanda y oferta.

Autora: Macarena Lía Romo

Legajo: R-2068/1

Docente o graduado responsable: Gaspar Aita

2018

Infinitas son las gracias a mi familia
por el aguante durante estos años.

Y un GRACIAS especial para Gaspar.
Su ayuda fue fundamental para lograr este trabajo
y para estabilizar mis crisis durante estos dos años.

ÍNDICE

Resumen y palabras clave	3
Presentación del caso, dando justificada cuenta de su relevancia	4
Descripción pormenorizada del caso objeto de estudio	4
Criterios o categorías que orientan y permiten el análisis y la interpretación de los aspectos principales del caso considerado	7
Desarrollo	11
Conclusiones	13
Referencias bibliográficas	16

“TALLER DE ARTE EN CENTRO COMUNITARIO ESPERANZA UNIDA:
NECESIDADES, PEDIDO, DEMANDA Y OFERTA.”

RESUMEN

El Centro Comunitario “Esperanza Unida” se encuentra ubicado en el asentamiento irregular conocido como Vía Honda en la ciudad de Rosario. Allí se lleva a cabo un dispositivo de taller encuadrado dentro del Proyecto de Extensión de la Facultad de Humanidades y Artes que intenta desarrollar una propuesta educativa y cultural no formal que favorezca el vínculo entre la Universidad y la comunidad. Desde los inicios del Centro Comunitario se realizaron varios talleres y actividades pero ninguno logró sostenerse prolongadamente en el tiempo. Por ese motivo surgieron las siguientes preguntas: El *taller de arte* en el Centro Comunitario Esperanza Unida ¿es una *oferta* de la Facultad de Humanidades y Artes o un *pedido* de la comunidad? De ser *oferta* ¿es pertinente con la *demanda*? ¿En base a qué *necesidad* surge?

El acceso al campo es posible en el marco de la práctica en Psicología Social Comunitaria, y es desde esta perspectiva que se trata de exponer el recorrido mediante el que se llegó a pensar esta problemática. El objetivo no es dar respuestas únicas y verdaderas a las preguntas sino plantear cuáles fueron los puntos de vista que se adoptaron y los consecuentes momentos en que surgieron. La información recibida tras meses de observación y entrevistas a referentes barriales indica que es acertado considerar que el taller de arte es un pedido de la comunidad y que también es correcto pensarlo como una oferta que surge por parte de la Facultad de Humanidades y Artes consecuentemente con una demanda poblacional.

PALABRAS CLAVE: Taller de arte. Necesidad. Demanda. Pedido. Oferta.

PRESENTACIÓN DEL CASO, DANDO JUSTIFICADA CUENTA DE SU RELEVANCIA

El caso en consideración para el presente trabajo es el *taller de arte* que tiene lugar en el Centro Comunitario “Esperanza Unida”, en el que se tuvo la posibilidad de participar de mayo a noviembre de 2016 en el marco de la Práctica Profesional Supervisada.

Dicho Centro Comunitario se encuentra ubicado en el asentamiento conocido como Vía Honda, en el distrito oeste de la ciudad de Rosario.

Este dispositivo de taller se encuadra dentro del Proyecto de Extensión “Contar con imágenes. Talleres de expresión plástica para niños en barrios”. La propuesta extensionista ideada desde la Facultad de Humanidades y Artes es financiada por la Secretaría de Extensión Universitaria desde la 6º convocatoria de Proyectos Sociales bajo el lema “La Universidad y su compromiso con la Sociedad”. Trabaja con la población infantil en edad escolar y tiene el objetivo de desarrollar una propuesta educativa y cultural no formal que favorezca el vínculo entre la Universidad y la comunidad.

Los coordinadores de este espacio son 2 profesores de la Facultad arriba mencionada y cuentan con la participación y colaboración, año tras año, de residentes de esa misma carrera, de Ciencias de la Educación y de Psicología, como así también de miembros del Programa de Voluntariado de la Secretaría de Extensión de la Facultad.

Desde los inicios del Centro Comunitario, en el año 2000, se han llevado a cabo varios talleres y actividades, entre los cuales podrían mencionarse el de historietas y caricaturas y el de plantas medicinales; estaban dirigidos tanto a adultos como a la población infantil, pero ninguno de ellos logró sostenerse por un periodo prolongado de tiempo.

Una de las funciones de un Centro Comunitario es el encuentro y la participación de diferentes actores que aporten al crecimiento del mismo como organización de base territorial. En el caso de “Esperanza Unida” es sólo el taller de arte el que convive con las demás acciones socio-asistenciales, no cuenta con otras actividades educativas o de recreación. Y es aquí donde surgen las preguntas que hacen de cimientos para el estudio de este caso, ¿el taller de arte es un pedido de la comunidad de Vía Honda? ¿surge de alguna necesidad en particular? ¿o no es más que una oferta de la Facultad de Humanidades y Arte para poder responder a objetivos de su programa de estudio?

Desde la perspectiva de la Psicología Social Comunitaria se tratará de exponer el recorrido mediante el que se llegó a pensar esta problemática. El fin no es dar una respuesta única y verdadera a las preguntas, sino plantear cuáles fueron los puntos de vista que se adoptaron y los consecuentes momentos en que surgieron. Para ello se utilizan algunas categorías que intentan determinar qué es un pedido, cómo surge una demanda y su relación con la oferta, y cómo pueden ser concebidas las necesidades. Además se tiene en cuenta la importancia del trabajo mediante el dispositivo de taller, tratando de mostrar su utilidad y las cualidades que posee para la comunidad infantil a la cual va dirigido.

DESCRIPCIÓN PORMENORIZADA DEL CASO OBJETO DE ESTUDIO

El asentamiento Vía Honda se encuentra ubicado en los Barrios conocidos como Triángulo y Moderno, zona periférica que aún no se encuentra totalmente urbanizada. El tradicional Barrio Triángulo, ubicado entre la Avenida Presidente Perón y el Boulevard Seguí, es el área más consolidada, un barrio residencial con predominio de casas pequeñas, en su mayoría de una sola planta con ocasionales mini-complejos de hasta tres plantas. Al sur sigue Barrio Moderno, que ya cuenta con algunas zonas verdes. En el centro de este sector, alrededor de la calle Alfredo Rouillón, predominan complejos habitacionales con edificios del tipo monoblock bajos, en el oeste y este (Avellaneda oeste) presenta una mezcla de casas de familia pequeñas y espacios verdes. Al sur de las vías del ramal Retiro-Rosario del Ferrocarril Mitre se encuentra una zona industrial.

En la zona existen cuatro extensos complejos de asentamientos informales: uno en el este, Vía Honda, a lo largo de las vías del Ferrocarril Belgrano, uno en el centro-sur de Barrio Moderno, en proceso de urbanización, uno en el sur a la vera de las vías del Ferrocarril Mitre, y otro de carácter semi-rural a lo largo de la Avenida 1907.

Vía Honda es el extenso asentamiento a lo largo de las vías del Ferrocarril Gral. Belgrano, limitado entre las calles Boulevard Seguí al norte (vereda sur), las vías del ferrocarril Mitre al sur (lado norte), calle Avellaneda al este (vereda oeste) y Felipe Moré al oeste (vereda este).

El proceso de distritalización llevado a cabo por el municipio definió como límites entre el distrito oeste y sudoeste la calle Avellaneda y las vías del Ferrocarril Belgrano. El territorio de la Vía Honda está incluido en ambos distritos. Esto es, desde el Boulevard Seguí hasta la calle Garibaldi, donde el límite este es Avellaneda, pertenece al distrito oeste. Desde Garibaldi hacia el sur, las vías del ferrocarril Belgrano definen una división administrativa del territorio de la Vía Honda, con pertenencia tanto al distrito oeste como sudoeste, si bien la mayor parte de su población se encuentra en el distrito oeste, el cual presenta situaciones caracterizadas por un creciente deterioro de las condiciones de vida en amplios sectores sociales.

Actualmente viven allí más de 1300 familias, 5500 personas con un porcentaje importante de niños y niñas. Las viviendas son precarias, construidas de variadas combinaciones en su gran mayoría poco sólidas (bloques, chapa, cartón) y el dominio de la tierra es en un porcentaje Público, del Ferrocarril y Privados (este último un 66% del territorio). El asentamiento no presenta un patrón de ordenamiento territorial, las calles y las manzanas no están definidas. Gran parte de la población que vive allí no accede a los servicios básicos: las conexiones de agua y luz son precarias y la recolección de residuos se realiza en forma irregular: los camiones acceden en forma parcial, por lo que algunos de los integrantes del barrio que forman parte de la Cooperativa de Trabajo Vía Honda se encargan de trasladar los residuos hasta donde los camiones logran entrar, dando lugar, en determinados sitios, a la conformación de basurales.

Las calles son de tierra, algunas tienen el espacio justo para que puedan circular los vehículos y otros son pasillos como único modo de comunicación con las arterias principales que rodean al asentamiento. En la mayoría de las calles, la tierra está poco apisonada, por lo que suele anegarse con las lluvias. En algunos tramos de la vía, la acumulación de agua, impide la circulación.

La estructura social de la Vía Honda se enmarca en la pobreza estructural y marginalidad con altos índices de desempleo, y de empleo inestable, (principalmente el cirujeo, changas), además de altos índices de deserción escolar si se tiene en cuenta que en 2007 no concurría a ningún establecimiento escolar el 43% de los niños y niñas de entre 3 y 17 años, según datos de Investigación en salud. Asimismo se trata de una situación en profundización, ya que se manifiesta un significativo crecimiento poblacional (110% entre 2002 y 2007), con una pirámide poblacional joven. Esta situación estructural se asocia de manera compleja con situaciones de disolución del lazo comunitario, donde se pone de manifiesto el declive de las instituciones del Estado y de la comunidad en la regulación de las relaciones sociales, adquiriendo una preocupante centralidad las redes mafiosas que se erigen como referentes identitarios para las nuevas generaciones.

Dentro del asentamiento recién descrito, el Centro Comunitario Esperanza Unida está ubicado en calle Cerrillos 3915 (numeración que no figura en los mapas producto de la falta de definición de las calles y manzanas). Es un espacio dentro de una vivienda de material, cedido por el dueño, donde anteriormente funcionaba un Búnker de venta de droga. En el frente de la casa aún pueden observarse las marcas de varios balazos que según se sabe no se han arreglado ni se arreglarán porque forman parte de la historia del Centro y del cambio que quiere evidenciar su dueño, uno de los mayores referentes del barrio, que luego de salir de la cárcel se propuso poner en funcionamiento este espacio.

Por fuera se pueden observar las paredes de ladrillo visto pintados de color celeste, el piso de cemento, el techo de chapa, el frente de la casa rodeado por un alambrado con dos láminas metálicas que ofician de puertas y la única identificación visible es un cartel con el nombre del Centro Comunitario. Por dentro, algunas paredes son de ladrillos huecos sin revocar y dejan ver el paso del tiempo y los deterioros provocados por la humedad y las lluvias.

El lugar cuenta con un par de mesas y algunas sillas escolares infantiles para los niños y niñas, una biblioteca y un armario en el cual se guardan los útiles y trabajos ya realizados, y el mismo sirve de asiento para un televisor que fue donado hace un tiempo. Además se observa en un rincón un mechero y una olla grande de aluminio.

Según la información recolectada en el campo, el Centro Comunitario inicialmente, alrededor del año 2000, funcionaba de manera informal en frente de su ubicación actual, como "Escuela de los Colores", donde se brindaban actividades como taller de artes plásticas, de historietas y de plantas medicinales. Sucedió que debido a un cortocircuito, el espacio se prendió fuego y forzosamente dejó de funcionar.

El taller de plantas medicinales estaba dirigido a los adultos de la población, pero podía percibirse que el mayor vínculo se generaba con los niños y niñas en los otros talleres, motivo por el cual en 2001 se gestionó para que volviera a ponerse en marcha el taller de arte, ahora ya en el espacio del Centro Comunitario Esperanza Unida y gracias al aporte del referente del barrio.

El desempeño que cumple el Centro, que podría pensarse como una organización de base territorial, es elemental. Son funciones en general socio-asistenciales, por ejemplo brindan la copa de leche y dos noches en la semana la cena. Luego comenzaron a surgir otras funciones, de corte socio-educativas y de regulación territorial.

El dispositivo de taller de arte que se monta al interior de dicha institución queda enmarcado dentro de un Proyecto de la Facultad de Humanidades y Artes, cuyo fin es generar un espacio de encuentro entre los barrios y la Universidad, en beneficio tanto del desarrollo de la comunidad como del proceso de conocimiento de los practicantes que pasan por allí. Se desarrolla desde el año 2001 en el marco del Programa de Voluntariado Estudiantil de la Secretaría de Extensión de la Universidad Nacional de Rosario y tiene como objetivos principales: 1) Desarrollar una propuesta educativa y cultural no formal que favorezca el vínculo entre la universidad y la comunidad y 2) Promover la participación de docentes y estudiantes de una manera creativa y solidaria, como oportunidad de formación académica y de extensión. Además, suma a los objetivos específicos más ligados al quehacer artístico, la intención de habilitar espacios de creación, expresión y encuentros, que se constituyan en lugares de pertenencia.

Dicho Proyecto tiene como destinatarios a niños y niñas de barrios de zona sur y sudoeste de Rosario. Se lleva a cabo en el Centro Cultural Cine Diana, la Asociación civil Taller infantil de la Libertad, y por supuesto en el Centro Comunitario Esperanza Unida. Llegan a los talleres hermanos, primos, compañeros de escuela, vecinos que en su mayoría se conocen de la convivencia en el barrio y la escuela, pero es en el taller donde aparecen otros lazos.

Según los coordinadores, el planteo del taller y los objetivos a los que apunta manifiestan gran trascendencia a nivel social ya que están convencidos de la importancia de la educación artística, de los alcances que tiene el arte, la manera de comunicar, su valor (ciertamente por la diversidad de expresión), su poder de unir, de transportarnos a otros valores alejados del individualismo, el consumo y la globalización que enajenan. Asimismo, advierten que este espacio brinda la posibilidad de aprender experimentando, jugando y creando en un ámbito de taller, de diálogo. Y lo que más rescatan es el hecho de que todos los talleres se desarrollan en lugares generados por vecinos para apoyar de esta manera su accionar.

En lo que respecta al espacio atinente a Vía Honda, es notable el sentido de pertenencia del taller que logran los niños y niñas que allí asisten, se sienten libres de opinar, proponer, invitar a otros amigos, moverse en los espacios como suyos. Tanto es así que desde hace un tiempo, los encargados del taller, tuvieron que ampliar la edad establecida para que los hermanos más pequeños de dos, tres y cuatro años pudieran asistir y participar.

Resulta necesario en este punto explicar de qué forma tuvo la posibilidad de acceder al taller de arte en Esperanza Unida, no sólo para que luego puedan comprenderse los interrogantes base del presente trabajo, sino también para determinar cuál es su relación con la carrera de Psicología.

Dentro del cursado del último año de esta carrera se encuentra la Práctica Profesional Supervisada, constituida por diferentes áreas de formación e intervención que el alumno es libre de elegir. Una de ellas es el área social / comunitaria, y fue específicamente desde la práctica en Psicología Comunitaria que tuve la oportunidad de conocer e interactuar con los integrantes del taller de arte que aquí oficia de caso factible de estudio.

Creo que es pertinente dejar planteada formalmente la problemática que será abordada, para luego poder desarrollarla teóricamente desde la perspectiva de la psicología comunitaria.

Si se tiene en cuenta que el taller de arte se enmarca dentro del Proyecto de Extensión Universitaria de la Facultad de Humanidades y Artes, surgen las siguientes preguntas: El taller de arte en el Centro Comunitario Esperanza Unida ¿es una oferta de la Facultad de Humanidades y Artes o un pedido de la comunidad? De ser oferta ¿es pertinente con la demanda? ¿En base a qué necesidad surge?

Poder analizar estos interrogantes es importante si se tiene en cuenta que como agente de cambio, el rol del psicólogo en la comunidad es incitar la toma de conciencia y la identificación de problemas y necesidades, la toma de decisiones y con ellos el cambio en la relación individuo - ambiente.

CRITERIOS O CATEGORÍAS QUE ORIENTAN Y PERMITEN EL ANÁLISIS Y LA INTERPRETACIÓN DE LOS ASPECTOS PRINCIPALES DEL CASO CONSIDERADO

Para intentar responder a los interrogantes centrales en torno a los cuales gira el caso en consideración, es necesario establecer las categorías seleccionadas para tal fin. Creo conveniente comenzar definiendo la perspectiva teórica desde la cual se plantea el estudio del caso, y luego desarrollar algunos conceptos que surgen directamente de la problemática elegida.

Como brevemente se expuso, el acceso al campo fue posible en el marco de la práctica en Psicología Comunitaria. Antes de definirla como tal, es prioritario entender de qué se trata el término '*comunitario*'. En su forma más simple, hace referencia a todo lo que es propio, vinculado o relacionado con una comunidad en particular. En "Definición ABC" (Ucha, 2009) se amplía su descripción, y para esclarecer los alcances del término, se expresa:

Por comunidad se entiende a aquel grupo o conjunto de seres humanos o animales que comparten diversos elementos en común como ser costumbres, un idioma, valores, tareas, visión del mundo, edad, ubicación geográfica, estatus social, roles, entre otras cuestiones. Generalmente, una comunidad ostenta y crea una identidad propia que será la que la distinguirá del resto de las comunidades y que por supuesto tendrá lugar previa convención y acuerdo de todos sus integrantes. Tradicionalmente, suele ser una meta o una necesidad compartida la que unirá y moverá a la acción a una determinada comunidad.(Ucha, 2009)

Entonces, con el término comunitario se alude a los trabajos y actividades que las personas, en forma individual o grupal, ejecuten en función del bien común de determinada zona geográfica o grupo que, por alguna razón, no pueden lograrlo por sí mismos.

Es razonable ahora exponer la categoría de *Psicología Comunitaria*, para lo cual me apropio de la definición brindada por Maritza Montero (2004):

Psicología comunitaria es la rama de la psicología cuyo objeto es el estudio de los factores psicosociales que permitan desarrollar, fomentar y mantener el control y poder que los individuos pueden ejercer sobre su ambiente individual y social para solucionar problemas que los aquejan y lograr cambios en esos ambientes y en la estructura social. (Montero, p. 32. 2004)

Según esta autora, en Latinoamérica, la psicología comunitaria surge gracias a la discrepancia existente entre la psicología social predominantemente individualista y los problemas sociales a la que ésta no podía dar respuesta. Así es que esta disciplina se centra en los grupos sociales, en la sociedad y en los individuos que la integran, y se enfoca también en las necesidades y expectativas que ellos establecen.

Se desprende de lo anterior una nueva categoría, y no menos importante, que sirve además de nexo entre la perspectiva teórica y la pregunta basal de este caso: la noción de sujeto.

La psicología comunitaria deja de lado la concepción del *sujeto* como pasivo o recipiendario inerte de acciones y servicios psicológicos y lo considera como un ser activo y dinámico, constructor de su realidad, ya que el antiguo concepto difícilmente permitía hacer un aporte efectivo a la solución de los problemas urgentes de las sociedades.

Este cambio de perspectiva, el foco puesto en la participación de los sujetos que integran la comunidad, es uno de los ejes centrales en torno al cual giran las definiciones de las categorías principales que construyen la problemática que se intenta analizar. *Necesidad, pedido, oferta y demanda*, así como también su estrecha vinculación, son los conceptos que abren sitio al estudio del caso del taller de arte en Esperanza Unida.

Según un equipo docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La República (2001), en Montevideo, Uruguay, habría que reconsiderar dos aspectos antes de introducirse en la relación entre necesidad, pedido, demanda y oferta. Uno de ellos es la supuesta asimetría que existe entre el psicólogo comunitario y la comunidad, en donde uno se identificaría con el lugar de dar y el otro de recibir. El otro aspecto es la tendencia a cosificar a la demanda y considerarla como aislada de la oferta pudiendo o no estar presente.

Los mencionados docentes enmarcan estas consideraciones inexactas como tributarias del modelo médico hegemónico que figura la función del psicólogo como la de hacerse cargo de lo enfermo y desde un ámbito clínico. Por el contrario, ellos formulan la importancia y necesidad, siguiendo lo anteriormente expresado por Montero, de la co-construcción de su tarea y modo de actuar con los actores de la comunidad.

Antes de definir las categorías colocadas en el centro de este trabajo, creo necesario desarrollar las diferentes formas que pueden dar inicio a una intervención comunitaria, luego se entenderá por qué.

En el artículo de la Revista de Psicología de la Universidad de Chile, *De ofertas y demandas: una propuesta de intervención en psicología comunitaria (2001)*, los docentes de la Facultad de La República explican que las intervenciones comunitarias pueden fundarse de diversas formas: a partir de un pedido formulado directamente por la comunidad, a partir de un pedido formulado por un tercero (técnico, organización, etc.), o a partir de una oferta.

En la primera de las posibilidades, algún portavoz distingue la insatisfacción de determinadas necesidades o la presencia de dificultades y pide ayuda para poder resolverlas. Respecto al pedido formulado por un tercero pueden suceder dos cosas, que la comunidad perciba sus necesidades y problemas pero no sepa a quién recurrir y es entonces un tercero el que oficia de puente o nexo, o que este último estime la necesidad de una intervención a partir de una lectura propia de los problemas de la comunidad. Y por último, cuando no aparece un pedido y la intervención se genera desde la oferta de un servicio, ya sea de un psicólogo que presenta un proyecto o de una organización que desde sus objetivos se plantea la acción en determinada zona o con determinada población. (Rodríguez *et al.*, 2001: 103)

Ahora bien, teniendo en cuenta estas opciones y con miras a analizar la pregunta que origina este trabajo, se hace necesario definir conceptualmente las categorías de *Necesidad, Pedido, Demanda y Oferta*. En el mencionado artículo, los autores sostienen que la necesidad sólo puede ser identificada por los propios actores comunitarios, y es desde ahí que podrá explicitarse el problema sobre el cual trabajar. Maritza Montero (2004) define a la identificación de necesidades como el proceso mediante el cual se busca que la propia comunidad o grupo, señale aquellos aspectos de su vida común que

sienten insatisfactorios, inaceptables, problemáticos, perturbadores, limitantes o que imposibilitan lograr el modo de vivir al cual se aspira y se tiene derecho. Este proceso consiste en actividades grupales, fundamentalmente participativas; la idea principal es que se sitúen las necesidades en relación con la situación global en que se desarrolla sus vidas y en relación con los recursos que ya se poseen y con los que se necesitaría adquirir. (Montero, p. 140. 2004)

Relacionar las necesidades con la situación global y con los recursos que el grupo posee y requiere adquirir, es una concepción afín a lo que plantea Max Neef (1986) respecto a la doble condición existencial de las necesidades. El autor considera que debe pensarse a las necesidades como carencia y como potencialidad, ya que concebirlas sólo como carencia implica limitar su espectro a lo puramente fisiológico, ámbito en el cual la necesidad asume fuertemente la sensación de 'falta de algo'; pero a su vez, "(...) en la medida en que las necesidades comprometen, motivan y movilizan a las personas, son también potencialidad, y más aún, pueden llegar a ser recursos" (Max Neef, p. 49-50. 1986). Entonces, entendidas en su doble existencia, sería inapropiado hablar de satisfacer o colmar necesidades, lo correcto es hablar de vivir y realizarlas.

Se puede observar así lo significativo que resultaba señalar el papel activo del sujeto que considera la psicología comunitaria, y más aún si se tiene en cuenta que es en la explicitación de la necesidad de satisfacer y resolver los problemas con la ayuda de un otro donde se genera el pedido. Entonces, el pedido es "(...) la explicitación de la necesidad de ayuda, dirigida a quien o quienes se cree podrán responder a la misma." (Rodríguez *et al.* , 2001: 104)

Los autores sostienen que la autopercepción de las necesidades supone que las personas se reconozcan como carentes, lo que incluye desilusión y el reconocimiento de los límites; pero también, a su vez, y tomando la idea de Max Neef (1968), consideran que la necesidad es potencialidad en tanto constituye un motor que nos pone en movimiento para buscar su satisfacción y para pedir ayuda.

Así, a partir de esta explicitación será necesario abrir el juego a la construcción de la demanda. "La demanda no puede ser entendida sin considerar su relación con la oferta. Es sólo desde esta última, que la primera se puede desplegar. Dicho interjuego está siempre presente, exista o no un pedido de intervención." (Rodríguez *et al.* , 2001: 104)

Cuando el pedido no proviene desde la comunidad o desde un tercero, la intervención nace desde una oferta y puede tomar dos formas:

A partir de un diagnóstico en sentido amplio, que implica un análisis de coyuntura, se constituye una propuesta que tendrá que ser puesta a prueba en la realidad. (...) O puede partir de un diagnóstico acotado a una situación particular, que permita determinar la pertinencia de la propuesta de trabajo con determinado sector de la población. (Rodríguez *et al.* , 2001: 106)

En el caso de la segunda opción, se necesita del psicólogo ciertas acciones que tiendan a involucrar a los actores de la comunidad, ya que de no existir articulación entre la propuesta y sus necesidades, no sería posible la intervención. Y es en este punto en que se conecta la oferta con la construcción de la demanda. Al hablar de construcción se hace necesaria la apertura a la diversidad, lo que implica posibilitar el despliegue de las distintas subjetividades presentes en la comunidad. "La construcción de la demanda no será una sumatoria de los pedidos formulados, sino más bien el producto del interjuego de las diversas subjetividades". (Rodríguez *et al.* , 2001: 107)

Parece atinado puntualizar qué es un taller y en qué consiste, para luego poder examinar su relación con las categorías recientemente descritas.

Si se consideran las conceptualizaciones de Alejandro Ander – Egg en su libro "*El taller como alternativa de renovación pedagógica*" (2003), es importante resaltar en primer medida que la palabra *taller* se utiliza en distintos ámbitos de actuación, y es por eso necesario definir su significado en cuanto sistema de enseñanza-aprendizaje.

En el campo de la educación, inicialmente, al taller se lo relacionaba con el entrenamiento para la adquisición de capacidades manuales propias de determinado oficio. Dentro de la pedagogía, a comienzos de siglo, el término se utilizó para referirse a “formas de establecer conexiones entre los conocimientos que se transmiten en el aula y la vida que desarrollan los niños” (Ander – Egg, p.12. 2003). Fundamentalmente, la idea era que los niños y niñas aprendieran habilidades útiles para la vida cotidiana.

De manera errónea, en el ámbito educativo, se ha llamado taller al seminario, a trabajos prácticos y de laboratorio, a reuniones de intercambio de experiencias que cuentan con un supervisor, entre otros. Esto no estaría del todo desacertado si se tiene en cuenta que el taller participa de ciertas características de todos ellos, pero aun así, no se justifica el indiscriminado uso del término. En consecuencia, es menester definir en qué consiste un taller desde el punto de vista pedagógico.

Taller es una palabra que sirve para indicar un lugar donde se trabaja, se elabora y se transforma algo para ser utilizado. [...] En lo sustancial se trata de una forma de enseñar y, sobre todo, de aprender mediante la realización de “algo” que se lleva a cabo conjuntamente. (Ander – Egg, p.14. 2003)

El mencionado autor plantea varios principios y supuestos básicos del taller para caracterizarlo como modelo de enseñanza-aprendizaje, de los cuales se señalan sólo algunos por su estrecha relación con el caso que se pretende estudiar.

En primer término, el taller es un aprender haciendo, lo que implica, entre otras cosas, la superación de la división tajante entre formación teórica y práctica mediante la integración y globalización de ambas realizando un proyecto de trabajo; priorizar la utilización de una metodología de apropiación del saber, como contrapartida de la enseñanza centrada en la recepción de contenidos ya elaborados; permitir la formación a través de la acción y la reflexión acerca de un trabajo común en el que predomine el aprendizaje sobre la enseñanza, superando así la clase magistral y el protagonismo del docente. A lo anterior se le suma que es una metodología participativa, no sólo exige del trabajo cooperativo sino que además es un entrenamiento para el trabajo cooperativo. Las dos exigencias son indispensables para que el taller funcione efectivamente como sistema de enseñanza-aprendizaje.

En segundo término puede plantearse lo que concierne a la relación docente/alumno, la cual queda establecida en torno a la realización de una tarea común. Tanto docentes como alumnos son protagonistas del proceso de enseñanza-aprendizaje, por lo tanto se organizan cogestionariamente, superando así las relaciones dicotómicas jerarquizadas y las relaciones competitivas entre alumnos, por el criterio de producción grupal. De esa forma, el taller implica y exige un trabajo grupal y además el uso de técnicas adecuadas. Esto no excluye actividades que se realizan individualmente, ya que al final, el proceso de aprendizaje es un proceso personal. De ahí la necesidad de complementar lo individual y lo grupal que debe tener el taller.

Entonces puede entenderse al taller como una metodología y herramienta de trabajo, un medio de aprendizaje que promueve la reflexión - acción, a la vez que permite el análisis de situaciones reales y potencia la construcción y el desarrollo de alternativas.

Se caracteriza por ser un dispositivo de trabajo grupal, acotado en el tiempo y que se realiza con determinados objetivos particulares, permitiendo la activación de un proceso pedagógico sustentado principalmente en el protagonismo de los participantes y en la producción colectiva de aprendizajes, así como también en la integración de teoría y práctica y el diálogo de saberes. De esta forma se obtiene una transformación en las personas participantes y en la situación de partida.

Por último, sería acertado poder vincularlo con el espacio desarrollado en el Centro Comunitario Esperanza Unida, pensándolo como propuesta educativa y cultural no formal. Natalia Coloccini (2012), autora del capítulo “¿Por qué trabajamos en Taller?” del libro *Andando juntos. Una experiencia de prevención de la exclusión escolar*, explica que en las experiencias de trabajo con niños y niñas en situación de vulnerabilidad social,

el taller se sustenta como un espacio colectivo de encuentro entre pares, mediatizado por la función del adulto, que requiere de la flexibilización de las herramientas teóricas con las que cuenta cada uno desde la especificidad de su profesión y de poder extender esas herramientas hasta el límite para encontrarse con otras teorías que explican de otras formas diferentes, para así poder pensar en conjunto y aprender. Según su consideración, “si todos apostamos a este tipo de estrategias, es porque son espacios necesarios, en los cuales es posible intervenir, en el sentido de producir efectos, cambiando el curso de algo, inaugurando cursos nuevos e instalando preguntas allí donde sólo aparecen certezas” (Coloccini, p.169. 2012)

Por lo tanto, en situaciones de vulnerabilidad social, el taller constituye un espacio de socialización por excelencia: promueve los intercambios, la convivencia y el respeto por la diversidad; la resolución creativa de los conflictos y la posibilidad de transformar las realidades a partir de la construcción de vínculos en los que la participación y la colaboración del grupo son las claves.

Además de todos los puntos a favor que tiene el dispositivo del taller, no debe desatenderse el hecho de que sea un taller de arte. El arte otorga la oportunidad de internarse en la aventura de poder hacer algo desde uno mismo, permite al sujeto inventarse y desplegarse en su acto artístico, además de que brinda la posibilidad de interactuar socialmente, ya que la obra permite y facilita el contacto y la comunicación con el otro, quien a su vez aporta su mirada de aquello que se produce, favoreciendo el diálogo y la interacción.

Uno de los beneficios del taller de arte es que a partir de sus producciones, es un medio privilegiado para establecer un lazo social. Al realizar exhibiciones, muestras o exposiciones, la obra artística es dada a conocer, sitúa un sujeto como protagonista, como creador, ante la sociedad, que a su vez lo reconoce como tal. Este reconocimiento, implica aceptarlo como un integrante de la comunidad que puede interactuar en la misma, o sea: ser un sujeto socialmente activo, lo cual está completamente identificado con la noción de sujeto planteada por la psicología comunitaria.

DESARROLLO

La problemática a analizar, es decir, las preguntas acerca de si el taller de arte en el Centro Comunitario Esperanza Unida es una oferta de la Facultad de Humanidades y Artes o un pedido de la comunidad, y si de ser oferta es pertinente o no con la demanda, sobrevino en dos momentos: el primero tuvo lugar hasta la fecha en que se concretaron una serie de entrevistas con referentes de la comunidad, y el segundo surge desde esa ocasión en adelante. Claramente lo que diferencia uno del otro es la cantidad de información con la que se contaba.

El primer acceso al Centro Comunitario fue en el mes de mayo de 2016. No es un dato menor, ya que el clima característico de ese mes y lo que se observó al llegar fue lo que condujo a pensar que más que un taller de arte, los niños y niñas que allí aguardaban, necesitaban otra cosa. En realidad, pocas veces estaban esperando, y al llegar al barrio debían ir a buscarlos a la cancha de fútbol cercana o a sus casas.

El espacio físico destinado al taller es bastante pequeño, si se colocaban las dos mesitas a lo largo casi no quedaba lugar para caminar. La iluminación también era bastante precaria, cuando había corriente eléctrica, la única lámpara que tenía el lugar no alumbraba demasiado. Quizá por eso, ni bien entraban los chicos se encargaban de sacar las mesas y sillas afuera, más allá del frío y el viento que podía llegar a haber, la luz del sol no se comparaba con la penumbra del interior.

Retomando el tema de la primera percepción, se reafirmó la idea de que la necesidad en ese Centro Comunitario no era la de un taller de arte cuando los chicos ni bien saludaban a la coordinadora y a los residentes preguntaban si habían llevado mate cocido ‘calentito’, y se acercaban con los brazos abiertos buscando abrazos, que puede comprenderse como una manera de transmitir calor de forma mutua. Algunas pocas veces la coordinadora del taller, pudo llevar mate cocido y galletitas, pero las veces que

no lo hacía, las caras de los niños cambiaban y algunos hasta amenazaban con abandonar el taller.

Durante los primeros meses, resultaba difícil no pensar que estos chicos preferirían contar con algo caliente para desayunar que con materiales artísticos, pero con el tiempo, a medida que los encuentros pasaban y ellos seguían asistiendo aún sin que se les llevara mate cocido para desayunar fue cambiando la visión de las cosas. Al ver que las consignas que la coordinadora les daba los atraía – quizá sin entenderlas demasiado – y se ponían a trabajar enseguida, comenzó a pensarse que darles sólo el desayuno y obviar las clases del taller tampoco sería lo más acertado.

Luego de entrevistar a dos ex alumnas del taller y a uno de los integrantes de la Secretaría de Extensión Universitaria que trabaja desde hace varios años en el “Proyecto Vía Honda”, y conociendo qué significa para el barrio el Centro Comunitario Esperanza Unida y la historia del taller de arte, la perspectiva de las cosas terminó por cambiar completamente.

Cada una de estas personas, en su momento, nos contaron que desde hace más de 10 años fueron varias las actividades que se llevaron a cabo en el Centro: talleres de lectura, de historietas, de plantas medicinales, apoyo escolar y un día a la semana las madres se encontraban allí para hacer cremas, pero todos duraron poco tiempo, ninguno se mantuvo en vigencia tanto como el taller de arte. No se desconoce la posibilidad de que el motivo de ello sea el marco que la Secretaría de Extensión Universitaria le da al proyecto, pero la recepción por parte de los chicos y de los pocos padres que alguna vez se acercaron a vernos trabajar, indica que más allá del encuadre formal del taller, la participación dentro de ese espacio es muy enriquecedora e importante para ellos.

Las ex alumnas del taller de arte comentaban las diferencias que encontraban entre el taller de sus tiempos y el de ahora: la participación e involucración de sus padres y el poco interés que hay actualmente; la concurrencia masiva de chicos ya que en aquel momento, según explicaban, eran muchos a diferencia de ahora, y que eso podría deberse al hecho de que en su momento el taller se llevaba a cabo los días sábado y ahora, al ser los martes por la mañana muchos chicos están en la escuela y no pueden asistir.

Contaron también sobre su sentimiento de pertenencia, ya que actualmente se siguen encontrando con compañeros del taller y siguen recordando cómo lo cuidaban y cómo se cuidaban entre ellos para valorar ese espacio, y agregaron además que aún conservan fotos de ese tiempo en el que pasaron por el taller de arte. Se las notaba entusiasmadas al hablar sobre todo esto, y recalcaron lo importante que fue en su infancia este espacio, cosa que podía notarse en su narración, y es más, en el hecho de que una de las chicas aún hoy sigue llamando a la coordinadora como ‘Seño’.

No son menores los datos recopilados sobre los diferentes talleres que se llevaron a cabo en el lugar ni las expresiones y recuerdos de las exalumnas. Claramente el taller de arte, desde sus comienzos, genera un alto sentido de pertenencia entre sus participantes. Queda demostrado tanto por el tiempo desde el cual se mantiene en vigencia, como por el hecho de que son los protagonistas mismos quienes trabajan para sostenerlo en el tiempo. Tal es así, que en determinado momento, la concurrencia de los niños y niñas al taller había disminuido considerablemente y para convocar afluencia, desestimando la actividad que estaba planificada para ese día, fueron ellos mismos los que propusieron crear carteles indicadores con el día y horario del taller y colocarlos en los diferentes pasillos del barrio.

Otro hecho llamativo se encuentra en la forma diferente -respecto de los talleres que forman parte del proyecto “Contar con imágenes” en otros barrios- de transitar por el espacio que brinda el taller en Esperanza Unida. Aquí, cada uno de los participantes se conocen por sus nombres o apodos, tanto entre ellos mismo como con los practicantes; y además, si alguno de ellos se queda dormido o se olvida de asistir al taller, otro se encarga de ir a buscarlo, sea con la compañía de algún residente o bien por cuenta propia. Puede parecer insignificante esta cuestión, pero no lo es si se tiene en cuenta que en ninguno de los demás talleres sucede algo similar.

Respecto a lo que se mencionaba anteriormente, la implicación de los padres de los niños y niñas con el taller, se pudo observar que la gran mayoría no tenía conocimiento de que sus hijos los martes por la mañana concurrían al taller. Algunos pasaban por delante del Centro Comunitario, veían que se estaba llevando a cabo el taller, que sus hijos estaban allí y se asombraban o expresaban su sorpresa con algún comentario a modo de saludo. Los más pequeños le solicitaban a sus padres que los despertasen a determinada hora los martes, pero quedan dudas sobre si los adultos sabían el motivo de esa petición. Esto estaba propiciado por el hecho de que, más grandes o más chicos, la mayor parte de los niños y niñas, diariamente, entraban y salían de sus casas sin avisar, merodeaban por la canchita de fútbol desde temprano en la mañana, iban al comedor escolar cerca del mediodía y luego a clases, volvían a la cancha de fútbol, algo así como una rutina que no necesitaba ser supervisada por los padres.

El taller era el lugar de encuentro. Tanto para los que asistían semanalmente, para los que no asistían y recorrían el barrio en busca de sus amigos para armar un partido, como para los adultos que sí estaban al tanto del quehacer del taller.

Pues bien, si se parte de la base de que la psicología comunitaria se enfoca en las necesidades y expectativas que los grupos sociales y los individuos establecen, logra vislumbrarse la importancia de las preguntas planteadas en torno al taller de arte en Esperanza Unida.

Según la definición de comunidad expresada al comienzo, lo que la une o la lleva a la acción suele ser una meta o una necesidad. Desde este punto de vista, podría considerarse que el taller de arte es una de las necesidades o metas compartida por los habitantes de Vía Honda, es decir, poder contar con un espacio de encuentro recreativo, de aprendizaje no formal y de contención para sus niños y niñas. Lo que cabría preguntarse es si son movidos ante esta necesidad o si directamente es la oferta del Proyecto de la Facultad de Humanidades y Artes la que termina por colmarla. Además, y siguiendo a Montero, también podría interrogarse acerca de si esa necesidad es inferida por los encargados del Proyecto o si es sentida por los miembros de la comunidad. A modo de respuesta se puede tener en cuenta el episodio sucedido en el año 2001, cuando luego de que el taller se viera forzado a cerrar por un incendio provocado por un cortocircuito, los vecinos del barrio solicitaron que se gestione la reapertura del taller, esta vez en su ubicación actual, cedida por el dueño de la casa en la que funciona.

Igualmente, corresponde recordar que no puede pensarse a una demanda si no se considera la relación que tiene con la oferta y que una de las posibilidades es que el taller sea una oferta de la Facultad de Arte. Entonces podría considerarse que la demanda de la comunidad se construye en torno a la necesidad de gozar para los más chicos, de un lugar en el cual ellos puedan sentirse cómodos y contenidos, donde puedan plantear sus problemáticas y posturas y ser escuchados, un espacio en el que aprender se logre jugando y en total aceptación y cooperación para con el resto de los niños y niñas. Esto último resulta crucial tanto como característica fundamental del dispositivo taller como para el crecimiento de los chicos en la comunidad. En el taller, a través del arte, encuentran un medio para dar a conocer lo que son capaces de hacer y producir, poniéndose en el lugar de protagonistas, de creadores. En este sentido, por ejemplo, la intervención realizada a fin de año en las paredes del frente del Centro Comunitario y las exposiciones realizadas en la Facultad de Humanidades y Artes y en el propio barrio, sirvieron como una buena forma de darse a conocer a la comunidad e interactuar con ella, manifestarse ante ésta como un sujeto dinámico y socialmente activo.

CONCLUSIONES

Al tomar contacto con el artículo de la Revista de Psicología elaborado por el equipo docente de la Facultad de Psicología de la Universidad de La República, en Montevideo, Uruguay: *De ofertas y demandas: una propuesta de intervención en psicología comunitaria* (2001), pudo empezar a percibirse que si las necesidades deben ser identificadas por los propios actores comunitarios, y que si la explicitación del deseo

de satisfacer esas necesidades es lo que constituye el pedido, el taller de arte podría entrar en el juego de la construcción de la demanda por parte de la comunidad. Pero a su vez, había muchas posibilidades de que el taller fuera una oferta del Proyecto de Extensión. Por lo que también surgió la pregunta sobre si esa oferta era pertinente con alguna demanda de la comunidad de Vía Honda, y en última instancia cuál era la necesidad de base.

Hubo pasado un tiempo considerable de análisis y reflexión sobre las categorías que permiten el entendimiento de este caso hasta poder llegar a la resolución de la pregunta que sirve como eje del tema: ¿el taller es un pedido de Vía Honda o una oferta de la Facultad Humanidades y Artes? Eso se debe a que cuanto más se lo meditaba, más interrogantes surgían: ¿y si más que una oferta de la Facultad es una forma de satisfacer una necesidad propia referente al cursado de determinadas materias de esa carrera? ¿Si en última instancia todo el proyecto era una demanda de la Secretaría de Extensión Universitaria?

Habiéndole dado muchas vueltas al asunto, se advirtió que se había dejado de considerar a la comunidad, al barrio, a los chicos con los que se compartió el taller martes tras martes. Fue entonces que se optó por no buscar una respuesta única o verdadera a la pregunta original sino por tratar de explicar por qué podría permitirse opinar que el taller de arte en el Centro Comunitario Esperanza Unida puede ser tanto un pedido de la comunidad como una oferta que les realiza la Facultad de Artes. Cualquiera de las dos opciones tiene sentido y no dejarían de ser acertadas. Se intentará explicar por qué correspondería pensarlo así.

Según lo desarrollado en las categorías que orientan y permiten el análisis de este estudio de caso, una intervención puede tener tres formas distintas de fundarse: una de esas formas es el pedido directo formulado por la comunidad, y otra puede ser a partir de una oferta, ya sea de un psicólogo en forma de proyecto o de una institución que desde sus objetivos se plantea accionar en determinada población. Ésta última fue la primera opción que se pensó como origen del taller de arte cuando en pleno invierno al llegar al Centro Comunitario con arcilla, los chicos pedían un desayuno caliente.

Esto quizá esté en relación con las necesidades normativas o inferidas y las sentidas que plantea Maritza Montero (1991). Las primeras son las necesidades que surgen de la comparación que un agente externo realiza entre la realidad y un canon pre-establecido, mientras que las segundas son las necesidades manifestadas por las propias personas ya sea de forma implícita o explícita. En esta ocasión, la observación realizada de este caso podría considerarse como el agente externo que comparó la realidad del Centro Comunitario o de Vía Honda con los cánones establecidos de lo que se creyó deberían ser sus necesidades.

Luego, al apreciar que el taller tenía buena aceptación por parte de los chicos, que los martes que llovía esperaban igualmente que se lleve a cabo el taller (aun sabiendo que si había llovido recientemente no se podía acceder al lugar), que para los ex alumnos del taller éste consistió en un espacio que marcó completamente su infancia generando un gran sentido de pertenencia y que por eso no dudan en mandar a sus hijos o hermanos al taller, fue cambiando la forma de ver las cosas. Se comprendió que la pertinencia de esta propuesta del taller de arte está en relación con el sector determinado de la población con la que se trabaja y al cual va dirigido: los niños y niñas. Que las necesidades y pedidos de una comunidad no deben considerarse como 'la' demanda, sino que hay que tener en cuenta que la realidad de esa población no está exenta de diversidad y que la construcción grupal y colectiva de demandas alude a la apertura necesaria a esa diversidad. Y es que, siguiendo a Max Neef (1968), "las formas en que vivimos nuestras necesidades son, en último término, subjetivas". (Max Neef, p. 52. 1986)

Claro está que las condiciones en que se llevaron a cabo el taller no eran óptimas, que a los niños y niñas les hubiese gustado recibir, al menos todos los martes, un desayuno antes de comenzar con las actividades, pero más allá de eso, lo importante reside en que en ese lugar, en ese espacio, encuentran una forma de exteriorizar sus inquietudes, de repensarlas y representarlas a través de alguna técnica artística o

simplemente conversando con la coordinadora y los residentes. Dentro del taller se olvidan de las diferencias que podrían enemistarlos, lo de afuera deja de importar y el foco se pone en compartir el momento.

En ese espacio, inauguraron la posibilidad de aprender jugando. Varias veces, al llegar, se los encontraba reconstruyendo la actividad de la clase anterior o bien juntando los materiales para la clase del día, en lugar de deambular sin rumbo por los pasillos del barrio, como frecuentemente lo hacen.

No es indiferente el hecho de que a los niños se les brinden todas esas posibilidades dentro del contexto del taller. Sucede que el dispositivo taller es lo que favorece la apertura de ese abanico de alternativas. Al ser un lugar de socialización, promueve los intercambios, la convivencia y el respeto por la diversidad; brinda la posibilidad de transformar las realidades de cada uno de los chicos a través de la construcción de vínculos, y para eso el trabajo en grupo es fundamental.

El taller, como metodología de trabajo, propicia el análisis de situaciones reales, cotidianas, y potencia la construcción de alternativas, transformando así a las personas que participan de él y a la situación inicial. Un ejemplo de esto, aunque resulte mínimo, es el accionar de los niños y niñas al notar que cada vez asistían menos chicos al taller. Poder haber hecho algo para con esa situación los corrió del lugar de pasividad al cual quizá están acostumbrados dentro del sistema educativo, y les enseñó que pueden expresarse, comunicar y manifestarse ante cualquier escenario que se les presente como adverso en la realidad.

Con cada encuentro de los martes por la mañana, se fue estableciendo una ritualidad, se fue rompiendo el equilibrio del devenir continuo y sin interrupciones propio del barrio, se fue produciendo un acontecimiento que diferenciaba la cotidianeidad y abría una diferencia, dejando a su paso marcas y huellas en el espacio.

Lo esencial sería que el espacio responda a las necesidades que imponen las actividades artísticas: que el lugar sea lo suficientemente amplio para favorecer la circulación de los niños y niñas, que cada uno de ellos cuente con un área de trabajo donde pueda ubicar sus materiales y moverse con libertad. También sería de gran importancia que el espacio sea utilizado únicamente por el taller ya que facilitaría la apropiación del mismo por parte de los chicos y el resguardo de las producciones. Sin embargo, aunque esas condiciones no están aseguradas, el espacio de trabajo no deja de representar aquel lugar en donde se depositan cargas afectivas relacionadas con la propia actividad, sino que además actúa como ámbito contenedor, como lugar para la creación, adquiere relevancia para los participantes y se convierte en el lugar elegido y deseado por los más pequeños de la comunidad.

Sería totalmente acertado considerar que el taller de arte en el Centro Comunitario Esperanza Unida es un pedido de la comunidad, y más si se tiene en cuenta que en 2001 se gestionó la reapertura del mismo aunque fuese en otro espacio físico diferente al anterior y que aún sin la total cooperación y compromiso de los padres de los chicos que asisten, el taller sigue en vigencia y no se extinguió como las demás actividades que se organizaron en el Centro Comunitario. También sería correcto pensarlo como una oferta que surge por parte de la Facultad de Humanidades y Artes, que es pertinente con la de demanda de la población y que responde a la necesidad de tener un espacio de contención y aprendizaje no formal para los chicos de la comunidad.

Entonces, la autopercepción de esa necesidad, lejos de limitarla y hacerla sentir como carente, potenció a la comunidad y de alguna forma la puso en movimiento. El taller de arte en el centro comunitario está dentro del juego de la construcción de la demanda, íntimamente ligado a la oferta del Proyecto de Extensión de la facultad.

Y por último permítase una nueva pregunta, ¿cuánto de esto se encuentra representado por el nombre del centro comunitario? Esperanza Unida.

BIBLIOGRAFÍA

Ander - Egg, Alejandro (1991). "El taller como sistema de enseñanza - aprendizaje". En *El taller. Una alternativa de renovación pedagógica*. Buenos Aires. Magisterio del Río de la Plata.

Coloccini, Natalia (2012). "¿Por qué trabajamos en taller?". En *Andando juntos. Una experiencia de prevención de la exclusión escolar*. Rosario. Laborde Editor.

Max Neef, Manfred (1986) *Desarrollo a escala humana*. Montevideo. Norman.

Montero, Maritza (1984) *La psicología comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos* en Revista Latinoamericana de Psicología.

(1991) "Concientización, conversión y desideologización en el trabajo psicosocial comunitario" en Boletín de la AVESPO, volumen XIV, N°1.

(2004) *Introducción a la psicología comunitaria. Desarrollo, conceptos y procesos*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Rodríguez Alicia; Giménez, Luis; Netto Clara; Bagnato María José y Marotta Cecilia (2001) *De ofertas y demandas: una propuesta de intervención en psicología comunitaria* en Revista de Psicología de la Universidad de Chile, volumen X, N° 2.

(Toni Maximiliano (2012). *Proyecto "Vía Honda"* - Secretaría de Extensión Universitaria, Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Visita 24 de junio de 2016 <http://extension.unicen.edu.ar/jem/completas/10.pdf>

(Ucha Florencia (2009). "Comunitario. Definición ABC". Visita 24 de junio de 2016 <https://www.definicionabc.com/social/comunitario.php>